

LA GRACIA

REVISTA COMICA



LA VECINA AL PADRE DE CINCO CRIATURAS.—¡Jugando tranquilamente al dominó y su mujer acaba de dar a luz dos gemelos!
EL OTRO JUGADOR.—¡El seis doble!...



—¿Usted ha servido ya?
—Sí, señora; ¡en el 14 montado!



—¡Buen chapuzón! Y nadie lo ha visto.
—¿Y el puente? ¿no tiene ojos?

30
Cts.

LA NOVELA CORTA

publicará el próximo sábado

EL TRIO EN SI BEMOL

original del

DR. ROSO DE LUNA

20 cts.



EL DE ABAJO.—¡Por Dios! ¡Sálveme!... ¿Qué hace usted ahí tan quieto?...

EL DE ARRIBA.—¡Pchs! que soy actor dramático y estoy estudiando la cara tan trágica que usted pone...

LA NOVELA TEATRAL

publicará el próximo domingo
la comedia rural en tres actos,

LA DEL MOLINO

original de

ENRIQUE PARADAS Y JOAQUIN JIMENEZ

30 cts.

EL FOLLETIN

PUBLICARA MAÑANA

BUG-JARGAL

VICTOR HUGO

NÚMEROS PUBLICADOS:

- 1.—DUMAS.—Los mil y un fantasmas.
- 2.—VICTOR HUGO.—Han de la andia.
- 3.—DICKENS.—Los tiempos difíciles.
- 4.—DOSTOIEWSKI.—Crimen y castigo.
- 5.—ALLAN POE.—Aventuras de Arturo Gordon Pym.
- 6.—E. SIENKIEWITZ.—¿Quo vadis?
- 7.—IVAN TURGUENEF.—Humo.
- 8.—WALTER SCOTT.—El pirata.
- 9.—ABATE PREVOST.—Manon Lescaut.
- 10.—BALZAC.—La piel de zapa.
- 11.—PONSON DU TERRAIL.—Las miserias de Londres.
- 12.—F. COOPER.—El último mohicano.
- 13.—GABORIAU.—Por el honor del nombre.
- 14.—WISEMAN.—Fabiola.
- 15.—LEON TOLSTOI.—Resurrección.
- 16.—DUMAS.—Los tres mosqueteros (tomo I.)
- 17.—DUMAS.—Los tres mosqueteros (tomo II.)
- 18.—DUMAS.—Veinte años después (tomo I.)
- 19.—DUMAS.—Veinte años después (tomo II.)
- 20.—DUMAS.—Veinte años después (tomo III.)
- 21.—DUMAS.—El vizconde de Bragelonne (tomo I.)
- 22.—DUMAS.—El vizconde de Bragelonne (tomo II.)
- 23.—DUMAS.—El vizconde de Bragelonne (tomo III.)
- 24.—DUMAS.—El vizconde de Bragelonne (tomo IV.)
- 25.—DUMAS.—El vizconde de Bragelonne (tomo V.)
- 26.—DUMAS.—El vizconde de Bragelonne (tomo VI.)
- 27.—DICKENS.—El hijo de la Parroquia.
- 28.—VICTOR HUGO.—El hombre que ríe (tomo I.)
- 29.—VICTOR HUGO.—El hombre que ríe (tomo II.)
- 30.—VICTOR HUGO.—Nuestra Señora de París (tomo I.)
- 31.—VICTOR HUGO.—Nuestra Señora de París (tomo II.)
- 32.—VICTOR HUGO.—El navent y tres.
- 33.—VICTOR HUGO.—Los miserables (tomo I.)
- 34.—VICTOR HUGO.—Los miserables (tomo II.)
- 35.—VICTOR HUGO.—Los miserables (tomo III.)
- 36.—VICTOR HUGO.—Los miserables (tomo IV.)
- 37.—VICTOR HUGO.—Los trabajadores del mar (tomo I.)
- 38.—VICTOR HUGO.—Los trabajadores del mar (tomo II.)
- 39.—PONSON DU TERRAIL.—La soga del ahorcado.
- 40.—DUMAS.—El conde de Montecristo (tomo I.)
- 41.—Dumas.—El conde de Monte-Cristo (tomo II.)
- 42.—DUMAS.—El conde de Monte-Cristo (tomo III.)
- 43.—DUMAS.—El conde de Monte-Cristo (tomo IV.)

132 PAGINAS
CUARENTA CENTIMOS

AGENTES EXCLUSIVOS PARA
LA VENTA DE ESTA REVISTA:

República Argentina: **ANTONIO MANZANERA**.—Independencia, 856.—Buenos Aires.
Guatemala: **DE LA RIVA HERMANOS**.
9.ª Avenida Sur, n.º 8.—Guatemala C. A.

Precio del ejemplar en Buenos Aires. 25 centavos.
En el interior del país 20 centavos.

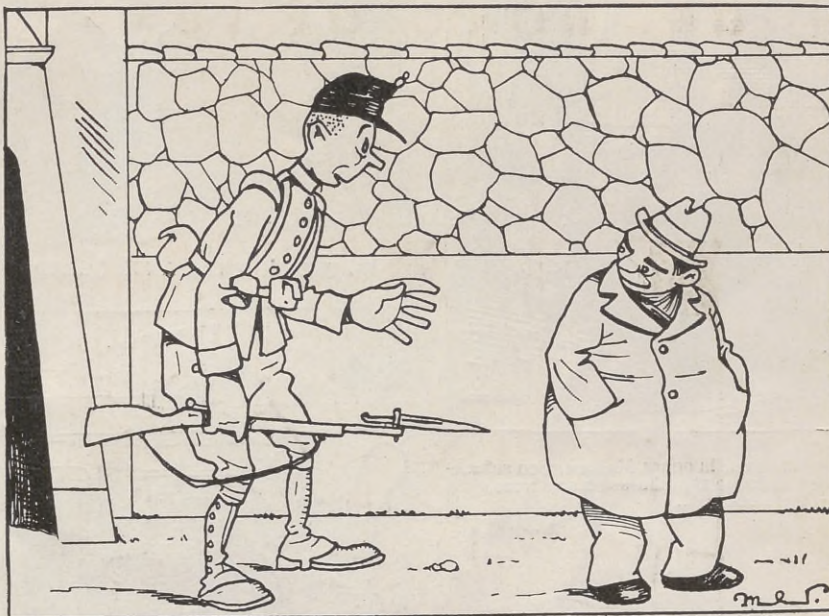
Prohibida la reproducción de texto y grabados.—No se devuelven los originales ni se sostiene correspondencia acerca de ellos.—No abonan otros trabajos que los solicitados.

FUNDADOR: JOSE DE URQUIA

—ADMINISTRACION: MADRID, CALVO ASENSIO, 3. — APARTADO 8.008. — TELEFONO, 624.-J.—

Las últimas voluntades

—Santos y funerarios.
—Buenos días. ¿Qué deseaba?
—¿Es aquí donde se sepelía con prontitud, equidad y relativo aseo?
—¿Es para usted?
—Chirigotas de ultratumba, o como si dijéramos macadabres, no. Servidor no es aún cadavérico, y vengo al respecto de mi señora madre política, vulgarmente llamada suegra.
—Pues usted dirá cómo le desea.
—¿Yo? De duración, porque ya no pienso adquirirla más.
—Eso es natural, pero quiero decir que hay varios precios, y eso es a voluntad de los herederos.
—¡Ay, mi madre... política! ¿Herederos? Como no sea de su genio, que era como para disolver una manifestación u mitin ligeramente levantisco. ¿Usted sabe cómo se aderezaba en casa la ensalada? Pues en la ensaladera se ponía la escarola o lechuga, se echaba agua y aceite, y luego mi suegra escupía.
—¡Eso era una marranada!
—No, señor; era vinagre. De ahí para arriba ya puede usted hacer el formato de su genio. No le digo a usted más sino que a los chinches los mataba a voces. Mire usted, don Miguel VII: nuc..., a su lado, una sencilla tórtola.
—¡Pobre señora! Dios la haya perdonado.
—¡Anda, y El verá si no la perdona; porque la bronca que arma es de órdago a la grande! ¿Aquí ponen blandones?
—Se pone de todo.
—Bueno, pues que lleven tornillos para sujetarlos al suelo, por si acaso. ¡Ah! y a la caja, doble cerradura y cerrojo por fuera.
—Eso no es corriente.
—¡Caray! Tampoco es corriente una suegra como la mía, por eso lo digo. A usted le inspirarán cierto respeto los guardias, ¿verdad?
—Con casco y sin él.
—Pues mi señora madre política los tomaba a chufia, y en cuanto veía a uno, se iba a él derecha, y después de darle un capirotazo en las narices, le preguntaba por qué no era capicúa.
—Sí que tenía humor su señora suegra.
—Herpético es poco; un humor reconcentrado que si lo llega a vender en botellas, se gana un capital.
—¿De modo que el entierro?...
—Pues aún no lo tengo decidido. ¿Usted qué me aconseja?
—Eso depende. Tenemos cama imperial, ocho blandones y coche a la Federica o Luis XIV, que es lo que más se lleva entre parentescos de esta clase.



—¿Pero, por qué ha pasado? ¿No ha oído usted que he dicho «alto»?
—Pues por eso mismo.

—¿Luis XIV? Le advierto a usted que mi suegra andaba muy mal de historia, que para ella o para mí, lo mismo nos da el Luis ese que el señor Luis el Tumbón o despacho de huevos frescos.
—Hay otros más modestos. Dos caballos negros, caja con herrajes de hierro y cocheró con bimba aunque sin afeitar.
—¿Y afeitado?
—Sube la tarifa, porque el cocheró destinado a esos servicios padece de granos en el cutis y hay que darle fricciones con colonia.
—¡Pues vaya por el cocheró con barba de siete días! Después de todo, eso son vanidades póstumas o postrimeras, que de ambas maneras puede decirse.
—¿Coche de duelo?
—¿Para el acompañamiento? ¡que tome el autobús hasta las Ventas, y el que no quiera darse una caminata, para presenciar el último acto heroico de la difunta, que se quede en un merendero, mano a mano con una chuleta, o que se vaya al cine a evocar a obscuras el recuerdo de la difunta.
—Usted dirá si quiere los caballos con penachos o no.
—La verdad, de esas coqueterías cuadrúpedas estoy poco enterado, y aunque halaga la idea de dar en la cabeza a más de cuatro curiosos, en lo de los penachos para espantar las moscas, soy completamente neutral. Des-

pues de todo, al soltar el último ronquido deben terminarse todas las fantasías.

—Claro, pero hay familias que tienen deseos de lucirse hasta con los seres queridos que mueren.

—Pues que se luzcan; porque yo, en quedando decentemente con la difunta, en paz. Bueno, esto de en paz es relativo, porque cuando mi suegra me vuelva a ver en el otro mundo, me arma una bronca a propósito de su entierro. Eso es histórico y como si hubiese salido en la "Gaceta".

—En definitiva, usted dirá...

—Pues, nada; algo comodito, que sea barato y que no puedan criticarme.

—¿Cuatro caballos?

—¡Tute! Ya le he dicho que fantasías, no. ¿Usted se encarga de llevar todo a domicilio?

—Naturalmente, porque la interesada no podrá venir aquí. Y respecto al pago...

—Ni una palabra. Ustedes me pasan la cuenta y esperan.

—¿Hasta cuándo?

—Por lo menos hasta el día de la resurrección de la carne con patatas soufflés.

—¿Pero no lo va usted a pagar?

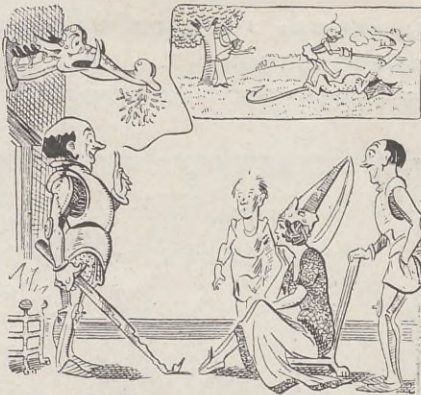
—¿Yo? ¡Que lo pague mi suegra cuando resucite! Al fin y al cabo, ella es la que va a aprovecharse...

A. R. Bonnat

LA GRACIA EXTRANJERA



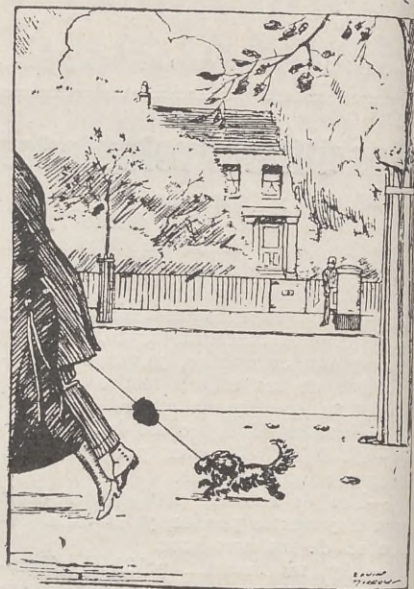
—¿Sabes que la pobre María a poco se muere de un ataque al probarse un sombrero?
—¿Y era bonito?...



EL TROFEO EN LA ANTIGÜEDAD



EN NUESTROS DIAS



—Cómo me alegro de que hayamos salido de este dibujo a tiempo.
—¿Por qué?
—Porque así nos hemos ahorrado decir una tontería.



LA SEÑORA.—¡Pobre hombre! ¿Está usted casado?
EL MENDIGO.—¡Ca, no, señora! ¡Qué había yo de pedir limosna si tuviera una mujer!

EL LORO ESCAPADO.—¿Qué quieres?
EL PALETO.—Usted perdone, creí que era usted un pájaro.



—Me parece que es de noche.
—¿Porqué lo dice usted?
—Porque estoy viendo las estrellas.



—Allí va el amigo Jones, que acaba de tomar una tienda de bebidas.
—¿Y qué dice de eso su mujer?
—Si ha sido idea suya. De esa manera está segura de que no sale de casa.



—¿Conoces a esos hombres?
—Sí, de hablarles pero no de vista.

Sanfóral cómico de la semana

24 de Enero. San Timoteo. Discípulo de San Pablo, no sólo fué ordenado siempre en sus costumbres, sino que fué ordenado Obispo de Efeso, por este Apóstol. Llevó una vida tormentosa, en el sentido de que sufrió muchos tormentos. Únicamente le faltó padecer una suegra, lo cual le hubiera colmado de mérito, tocante a sufrir tormentos y persecuciones.

Los hombres, en aquellos tiempos, eran gentiles en su mayor número y Timoteo, que ni en el nombre tenía nada de "gentil," trabajaba con ardor por inculcarles la buena doctrina. Sabido es que los gentiles, como unos poetillas cursis, adoraban a la Luna. Diana, diosa de la caza, era hermana de Apolo, como ahora le ocurre a la Zarzuela. Cierta día en que los gentiles sacrificaban públicamente en honor de la diosa Diana, el bendito Timoteo les amonestó, reprendiéndoles severamente por su idolatría, pero los gentiles, que no permitían que nadie "tocase a Diana," aunque fuese muy entrado el día, la emprendieron a pedradas contra el Santo, con un furor bélico que no se ve ni en las pedreas clásicas entre los chicos de las "Peñuelas."

Diana cazadora, era objeto de constante adoración por los gentiles. En el culto que rendían a la "cazadora," se diferenciaban estos hombres de los que constituyeron la tribu de los "levitas."

El caso fué que aquellos corazones "empedernidos," se ensañaron en dar a Timoteo tan "dura" muerte.

Este es un Santo que tiene muchos devotos y devotas aquí abajo. Y su nombre abunda más de lo que parece, de tal modo, que donde quiera que se hallen próximos muchachos y muchachas, puede decirse que hay un Timoteo..., un "timoteo" escandaloso.

Los consabidos recortes de periódicos y los afamados cartuchos de perdigones, no son sino otra clase de "timoteos."

Hoy celébranse, además, San Zamas, San Babilás, San Eugenio, San Mardonio, San Metelo, San Musonio, San Tirso, San Feliciano, San Proyecto y San Surano.

Tirso y Proyecto, entusiastas paladines del cristianismo, fueron compañeros mártires. Los gentiles se escandalizaban ante los ardores y santa impetuosidad de Tirso, a quien juzgarían loco, y aquellos borrachones que hacían sacrificios en honor de Baco, creían ver en "Tirso" algo así como un "atributo" de la locura.

Proyecto, era estudioso y reflexivo. De un talento singular, todos los suyos cifraban en él fundadas esperanzas, por considerarle capaz de grandes empresas.

Claro es que con la persecución y gloriosa muerte de este mártir, vieron morir tales empresas en "Proyecto."

Asimismo este Santo tiene en Espa-

ña muchos devotos. ¡Oh, San "Proyecto" bendito, desde ahora te proclamo abogado y patrón de nuestros antiguos gobernantes!

Hoy celebra también la Iglesia la festividad de Nuestra Señora de la Paz.

La paz, que tan necesaria se hace en las naciones, como en los hogares, es "de suyo" bella, de una luminosa, nítida belleza que, por paradoja, cautiva y aprisiona, aunque con dulces lazos.

—La paz conduce a la gloria—, ha dicho no recuerdo cuándo, no sé quién —y es verdad.

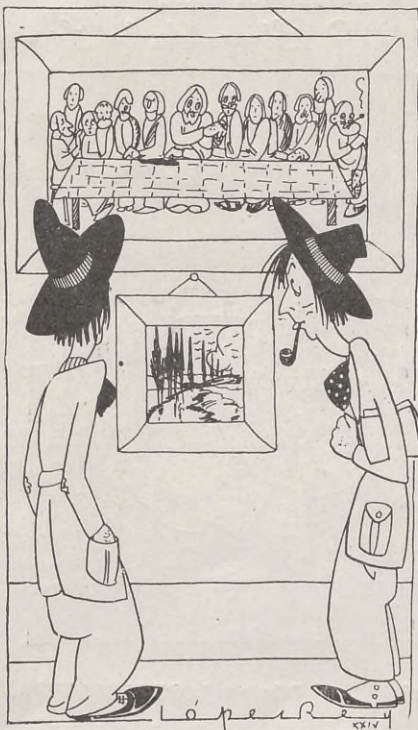
Esta frase parece "esculpida" para una conocida mía: una tal "Paz", que vive en la calle del "Pez" y que es "gloria" "pura." (Y de "Pura" y de "Gloria", podría decirse otro tanto.)

Con una Paz así, son posibles las mayores felicidades y dichas.

Y dichas estas palabras, sólo me resta añadir, con los mejores deseos:

Aquí Paz, y después Gloria.

Manuel Manzano



—¡Oh, el paisaje es divino! ¿Cuál de los dos cuadros prefieres?
—Yo, la cena, desde luego.

El entrevistador que no publicó nunca sus entrevistas

He escrito este título largo porque no es que ese tipo sea "el falso entrevistador" sino algo más lato, más complicado, más arduo.

Si yo hubiese dicho "el falso entrevistador" ya estaba todo acabado, ya no habría más que decir.



—Oye, ¿me quieres dar un marco para un cuadro?

—¡Si yo no tengo ningún marco!

—¿Pues no decías que tenías millones de marcos?

Dibujo de PINA.

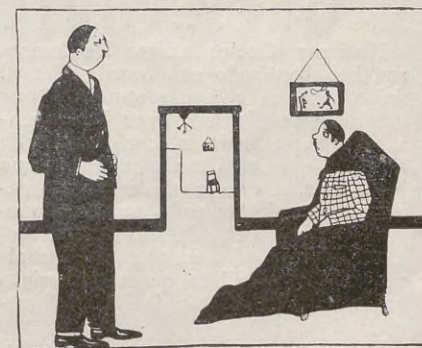
Este "entrevistador que no publicó nunca sus entrevistas", no es tampoco ese otro "entrevistador sórdido que no publicó nunca sus entrevistas". Hay gran diferencia entre los dos.

El que yo voy a siluetar es alegre, dicharachero y en su frescura tiene sagacidad, mientras que el otro es un pelmazo estúpido que cree que puede engañar al entrevistado con su memez saliente y ostentosa.

En "entrevistador que no publicó nunca sus entrevistas" ha hecho muchísimas y todas muy discretas, no como las de ese hermoso hipopótamo que nunca será nada aunque las publica todas, ni como ese mastodonte que dice cosas terribles, imprudentes y simples a todo el mundo. Es una lástima que no publique sus maravillosas entrevistas engañosas que van consumiendo su ingenio poco a poco y que deja caídas sobre las alfombras preciosas preguntas que no se volverán a encontrar nunca.

El "entrevistador... etc." ha entrado en los camerinos más reservados y hasta ha realizado entrevistas estupendas en el extranjero hablando con la irlandesa más bonita, vestida de diosa Palas.

¡Qué hermoso libro inédito que no se publicará nunca, que sería imposi-



—Su padre de usted, ¿fué neurasténico?

—No, señor, fué conservador.

ble poner en limpio por como está prendido con alfileres mientras llegaba a la inexistente redacción para ponerlo en limpio!

El "entrevistador que... etc." tiene una máquina fotográfica sin placas para completar su "menaje" y hace a las artistas que escoge en todas las posturas imaginables, haciéndolas aligerarse de ropas si las artistas son de género alegre. ¡Si supiesen que estaban gastando inútilmente sus palabras, sus sonrisas, sus gestos, sus memorias retrospectivas!

El "entrevistador que no publicó... etc..." se enamora además de las entrevistadas y tiene la audacia de comenzar con ellas unos amores aun cuando no publicará nunca su entrevista. Recurre para entretener a esas entrevistadas que esperan los "papeles" de la entrevista todos los días, a las mismas estrategias que el falso soltero que entreteiene la boda que nunca va a poder hacer echando la culpa al correo, a los párrocos de pueblo que se pasan jugando a las cartas toda la vida, a los peatones que se sientan en las cunetas y echan tantos cigarrillos como cuartos de kilómetro tiene su recorrido.

¡Qué experiencia de entrevistador llega a tener el que no publicó nunca sus entrevistas! ¡Qué injusta es la vida!

Ya llega a hacer preguntas tan capciosas y tan espirituales que sonsacan a las entrevistadas toda el alma, todo el tuetanillo del alma. Lo que ellas dirían si supiesen la estafa de que son víctimas: "¡Hemos llegado una vez a ser sinceras, a decir lo que no hubiésemos dicho nunca y eso resulta en balde!"

El "entrevistador que no publicó nunca etc" conoce el cromatismo de los pijamas femeninos, desde el pijama de seda negro que convierte en una pierreta de luto por su virginidad a la que lo lleva, hasta el pijama de odalisca en cuyos pantalones bombachos hay un perfume de ascensión que desatornilla la cabeza.

Además qué descansada y reconstituyente vida la del "entrevistador etc."

Siempre sentado en divanes mejor mullidos del mundo y abrevándose en copas de champagne acompañadas de sandwich" de tórtola.

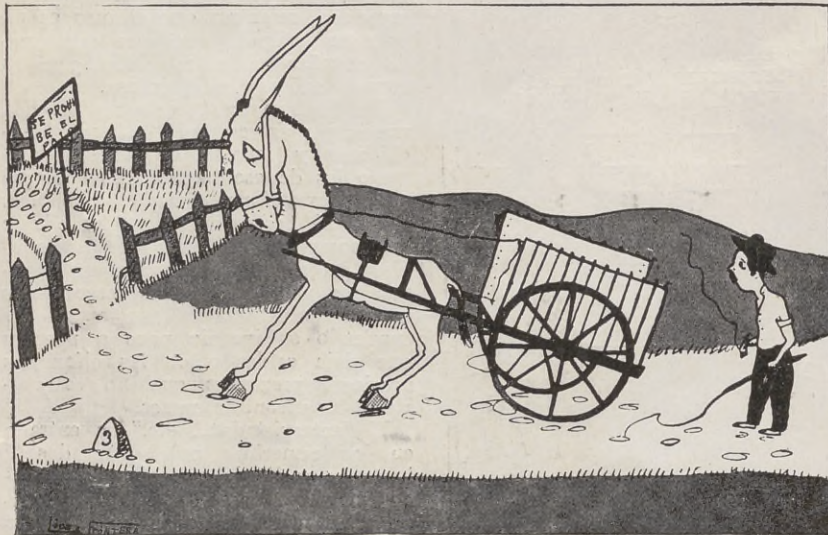
R. Gómez de la Serna



—Señor, a vuestro caballo se le ha caído una herradura.

—A mi caballo no se le cae nunca nada.

—Entonces se le ha caído a vos.



—¡Hombre! ¿Si habrá leído mi burro el cartelito?

Dibujo de LOPEZ FRONTERA.

REQUESETORIA

Nuestros dilectos amigos los franceses, han bautizado con frase gráfica el dulce rato de coloquio sostenido tras un succulento almuerzo, por los comensales, que, según la sabia regla, han de ser más que las Gracias y menos que las Musas. A este lapso de sabroso palique, llamanlo "entre la pera y el queso;" es decir, entre la fresca pera, sustituta del helado, ausente en los almuerzos, y el cálido queso, proscripto en las comidas. Cosas de Brillat Savarin.

Vamos a "empezar el queso" nosotros, también, aunque no pretendamos "dársela con queso" a nadie.

Como "el ratoncillo dentro del queso," metámonos en harina y comencemos a charlar.

La variedad de quesos es poco menos que infinita. Desde el voluminoso de gruyère, hasta el Camembert chiquito, pasando por el manchego oleoso, el mantecoso de Burgos, el de "teta" gallego, cuyo origen se remonta a los célticos tiempos, y que sirvió de ofrenda votiva a los druidicos dioses, podemos llegar sin esfuerzo alguno, al Becqueriano: ¡"qué so" los se quedan los muertos!"

Este es el verdadero queso de postre: el queso final.

El delicioso sabor de estos artículos

de última necesidad, se sublima consumiéndolos mezclados con uvas.

"Uvas y queso, saben a beso."

Y a "pan y quesillo" les saben a los chicos las semillas que piden al olmo, convencidos de que no se le debe pedir peras.

En el refranero español encontramos algunos aforismos consagrados al queso. Cito, entre los más notables, el que le quita los ojos para dárselos al pan: "el queso, sin ojos, y el pan, con ellos"; refrán del que ha protestado enérgicamente el de gruyère, que es una colección de ojos encerrados en una piedra de molino.

"El queso es provechoso, si quien lo



—¿Qué sabes de tu he man?

—Se ha casado hace dos meses.

—¡obrecito! Tan bueno como estaba la última vez que le vi.

da es roñoso," afirma otro tal, y lo remachan estos dos:

"Queso, quesito, siempre y poquito" y "Queso todos los días; y, al año, una libra".

De estos tres refranes protestan los tenderos.

Consignemos, ya que de remaches hablamos, que así como bañar tiene rebañar, y mar remar, el queso tiene el requesón; una de las pocas cosas que se dan a prueba en este mundo.

—¿Qué será la mujer del queso? —nos pregunta el ingenuo acertijo.

Y una afirmación galante nos asegura que el queso le dijo al vino: "¡Bien venido seas, amigo!".

Quevedo, en un "juicio del año", aseguró que

"Tendremos quesos tan tiernos que se partan con la mano incluyendo, seguramente, entre éstas a



—Mira, esta tarde vendrá Pérez; quita el bastón de la percha.

—Hombre, qué desconfiado eres.

—No, si es que puede reconocerlo.

la del almirez; necesaria para partir algunos de ellos.

Desde mucho antes de estrenarse "La banda de trompetas" ya sabíamos que "de la leche sale el queso",

y no dudábamos, ni por un momento, que el de Cabrales procede de la leche de cabra; el de Fuenteovejuna, de la de oveja, y de la de vaca, aunque algo costoso, el de Caravaca.

Lo que no nos atrevemos a comprobar es de dónde salen los de Mula, Porcuna y Burriana, por miedo a desagradables revelaciones.

Ante tan diversas fuentes de origen, verse delante de un queso es lo mismo que hallarse en presencia de un arcano.

Y a mí, por lo menos, cada vez que veo un queso se me ocurre preguntar: —¿Sera de leche de oveja, o de qué leche será?...

V. Díez de Tejada

LOS EX POLITICOS

Existen actualmente desparramados por la península ibérica una serie de seres solitarios y melancólicos que antes se pasaban la vida agrupándose y haciendo ruido. Estos caballeros son la tribu política, los ex-políticos, los que, según dicen, dejaron de figurar por los siglos de los siglos en la gobernación del Estado.

Cuando dos de estos sujetos se cruzan, ahora en la calle, cambian una mirada hostil, como si cada cual echase al otro la culpa de haber perdido la bicoca.

—¡Por ti, ladrón; me veo ahora como me veo! —parecen decirse.

La política como oficio, ha desaparecido. El político futuro ya no podrá hacer carrera.

—Pero, ¿cómo se las arreglaban ustedes para hacerlo tan mal? —preguntaba cierto amigo mío a un ex-prohombre.

—Le diré a usted, querido... Individualmente, todos teníamos la mejor voluntad. Pero luego, apenas nos reuníamos en Consejo, no sé qué diablos pasaba que lo hacíamos cada vez peor, esta es la verdad.

¿A qué se dedicarán ahora los que tenían por ocupación única la política? Muchos de ellos se van a aburrir soberanamente.

Otros van a saber ahora lo que cuesta ganarse la vida trabajando. Todos padecen las melancolías añejas al ex.

El ex es una sílaba molesta. No creemos haya ministro que le hiciera gracia el momento de anteponerle al cargo las dos terribles letras. Pero antes, por bajo del ex latía siempre la esperanza, cantaba la sirena de la ilusión: "No te apures, hombre, que ya te quitarán el ex y volverás a regodearte en la poltrona".

Mas ahora, caramba; el ex ha tomado ciertos caracteres alarmantes de cosa definitiva, eterna: Una especie de R. I. P., algo escalofriante e inexorable. La sirena, pérfida, canta ahora: "Es inútil que te molestes... No volverás a ser mi-

nistro... seguirás en ex hasta que te mueras... ¡Qué quieres, hijo! Se ha vuelto la tortilla."

"No volverás a ser ministro..." Predicción terrible... Cruel sentencia. La bordada casaca dormirá en el ropero su sueño funeral.

Ya no tendrá valor alguno, ya no representará nada. Nada que tenga relación con el porvenir. Será el emblema del poderío de otro tiempo. Será como uno de esos pomposos vestidos de baile que envejecen en el fondo del baúl, y que al descubrirlo las otoñales manos de su dueña, evocan los sueños y los triunfos de su juventud lejana.

La pobre casaca, ya un tanto apollada, hablará a su dueño de glorias pretéritas, de las dulzuras del banco azul, del encanto de la "Gaceta", de la embriaguez lírica con que contestaba a esta y aquella interpelación...

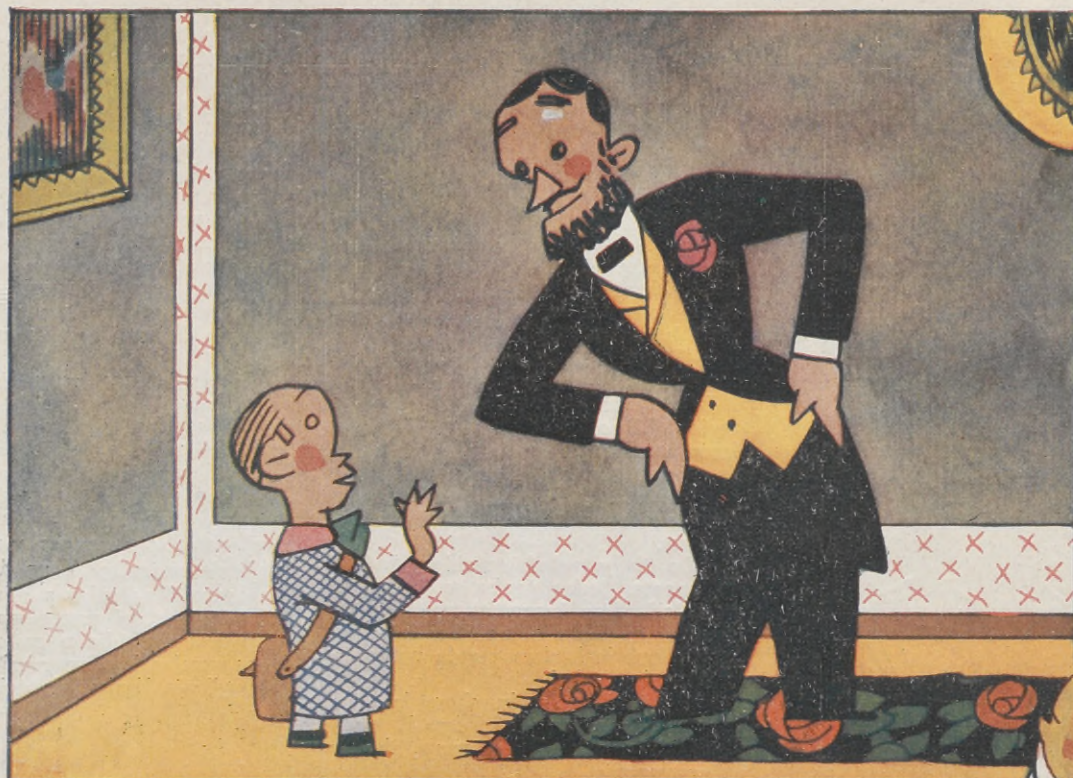
Meses, años, lustros, dormirá la casaca entre otras ropas viejas, en el fondo de un cofre. Y un día que por pura casualidad salga a relucir la histórica prenda, si por acaso está presente cualquier hijo o cualquier yerno de su excelencia, derramará sobre ella una ardiente lágrima de dolor.

J. Ortiz de Pinedo



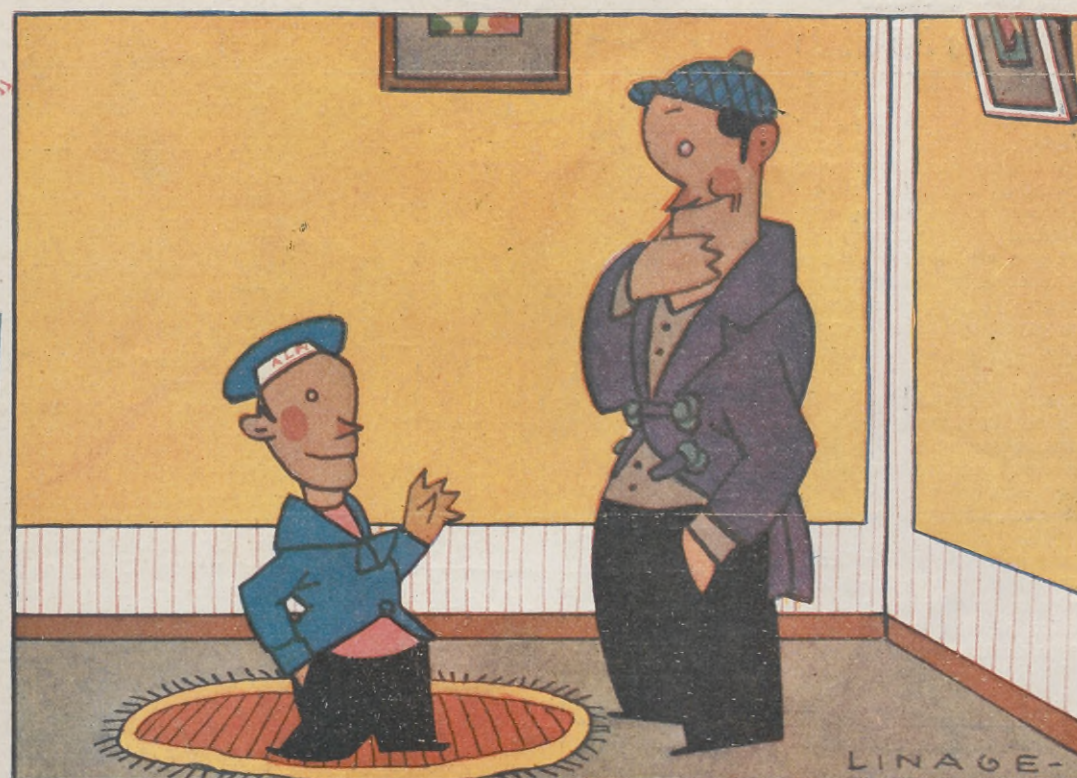
—Es que ella te ha dicho que la pusiera un puesto de pimientos morrones y él no ha querido.

—Pues a mí me parece que si no todo, por lo menos la da los morrones.



—Papá, yo no quiero ir más a ese colegio.
—¿Por qué?
—Porque me enseñan cosas de las que yo no entiendo una palabra.

La Gracia



EL NIÑO.—Ayer estuve en el cine.
—¿Y qué viste?
—A la criada y a su novio abrazándose.

LINAGE



—Mis "peques" son muy graciosos; tienen muy buenas caídas.
—Sí, sí; ya se les nota por los chichones.



—Mamá, cuando nuestra criada muera no irá al cielo.
—¿Por qué, niña?
—Porque en el cielo no habrá cuartos para las criadas.

HABLANDO CON ANIMALES

El terrible león que fué criado en una casa de huéspedes.

Cuando entramos en el Circo los escasos cabellos que aún tienen la bondad de cubrir la tapadera de nuestro cráneo, declarándose enemigos, es decir, se nos pusieron "de punta" al contemplar, horrorizados, la terrible estampa de un león que, con la boca abierta, la melena erizada, las uñas en exposición permanente, exhibíase reproducido en colores y a gran tamaño en un cartel colocado junto al despacho de localidades.

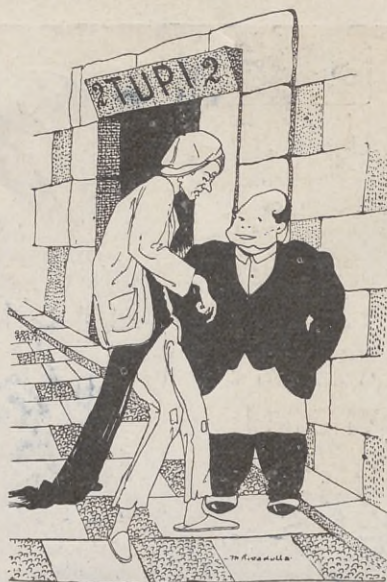
Era, según rezaba fervorosamente el anuncio, un ejemplar soberbio, cazado hacía pocas semanas entre el Nilo Blanco y el Nilo Azul, por la intrépida y valerosa "Lady Narass" a quien ni lo blanco, ni lo azul, hicieron variar de color.

Esta elegante cazadora, que se hacía pasar por americana, presentábase con sus "botones" correspondientes, y a pesar de los años bisiestos transcurridos desde el remoto día de su "belén" o nacimiento, en la pista resultaba una mujer pistonuda.

No obstante sus buenas formas, desistimos de presentarnos a ella, temerosos de que nos soltase alguna barbaridad al exponer nuestro propósito... y nuestras narices.

Juzgándolo más seguro y más práctico, recurrimos al soborno metálico de la dependencia, ya que de ella dependía principalmente el feliz resultado de esta sensacional información.

La oportuna presentación de un Amadeo a un tal Pío Díez, facilitó grande y rápidamente el cum. limiento de nues-



EL CURDA.—¡Oiga, camarero! ¿Cuánto vale un café?

EL CAMARERO.—0,25 de pie y 0,30 sentado.

EL CURDA.—Pues deme uno en cuclillas, porque no tengo más que veinte céntimos.

Dibujo de M. RIVADULLA.

tro arriesgado deber, que no era sólo de ver, sino de oír. ¿El qué? Las declaraciones importantísimas del "rey" de la selva. Su fiera indomable, su dominio del bosque, su poderío invencible, sugestionadores eternos de la multitud, nos decidieron a acometer una vez más la fabulosa empresa de charlar amistosamente con "Augustus," el león "más terrorífico" de la "menagerie."

—¿Será verdad tanta fiera?—le pre-

guntamos a Pío Díez, nuestro servicial y gratificado colaborador.

—¡Quí! No lo crean. Es una "papa."

Que dijera Pío Díez que era papa nos pareció muy natural. Sabido es ya que en todas partes los sirvientes gozan desprestigiando a sus amos.

Pronto pudimos convencernos de que en esta ocasión el criado no mentía.

Cuando "Augustus" nos vió cerca de su vagón-jaula, abrió la boca.

—No se asusten es que bostezo—admiró humildemente el "rey de la selva"—. Tengo una debilidad que me caigo.

—¿Es posible, alteza?

—Apead el tratamiento.

—¿No habéis comido aún?

—Hasta pasado mañana que terminamos el contrato aquí no me toca.

—¿Cómo? Le dan la comida a platos?

—Mensuales, sí señor. Las ocho libras de carne que para alimentarnos bien necesitamos los de mi familia, sólo de treinta en treinta días nos la sirven. ¡Y si vieran ustedes el trabajo que me cuesta hacer la digestión! ¡Claro! La falta de costumbre.

—¿Y por qué no se come a la domadora?

—Porque no tengo ni fuerzas para masticarla. Además no la puedo tragar.

—Ya, ya he visto que todas las noches se le sienta en la boca del estómago.

—Sí. Es uno de los ejercicios que más la aplaude el público. Gusta casi tanto como ese otro de meter su cabeza dentro de mi boca. ¡Ah! si yo pudiese cerrarla!

—¿Se la jamaría?

—¡Ya lo creo! Y con mucho gusto, porque sería para mí plato de gran alimento...

—¿La cabeza de la domadora?

—Sí. La tiene llena de pájaros.



EL DOCTOR.—¿Cómo le sentaron los papillitos que le receté anoche?
EL ENFERMO.—Muy bien el medicamento, pero lo que más trabajo me costó tragar fueron los papeles.



—Oye, Leal, ¿tú crees que nos morderá al pasar?



EL QUE ENTRA. — ¡Qué viciosos «seis»!
— ¡Y tú, siete!

Dibujo de M. RIVADULLA.

— ¿Es ilusionista?
— Es de la mancha. ¿No se lo han notado ustedes en la forma de dar el queso?

— ¿Entonces la denominación de Lady?...
— Yo se la dí al ser criado en su casa.

— ¡Ah! ¿Pero usted no es del Nilo?
— Ni le he visto siquiera.

— ¿Ni de Abisinia, ni de Persia, ni del Senegal, ni de Berbería tampoco?
— Si fuese de Berbería no me «ververía» así. Yo nací en Paracuellos de Jiloca. La infelina de mi madre se exhibía en un Circo ecuestre con otros compañeros procedentes de un parque zoológico. La autora de mis días fué cazada en Guzerate con ese lazo infalible para hacerles caer a las hembras.

— ¿Cuál es?
— El lazo matrimonial. Al venir de Paracuellos de Jiloca me vi negro.

— Como vino de Aragón no es extraño. Allí la gente es muy clara.
— ¡Y tan clara! No hay más que oír hablar a doña Exuperia, que es el verdadero nombre de mi domadora. A la casa de huéspedes que en la calle de Jacometrezo tenía entonces, me llevaron de cachorro, y con leche, muy mala por cierto, me criaron. ¡Miren ustedes que todo un «rey de la selva» ser criado en una casa de huéspedes!

— ¡Sí que es denigrante para vuestra monarquía!
— Ya mayor, doña Exuperia vió en mí un espléndido negocio; y yo, comprendiendo que al fin y al cabo la debía mi escasa alimentación, me avine sin protesta a sus especulaciones, con objeto de pagar cumplidamente, cual corresponde a mi casta, y que aquella mujer no pudiera nunca llamarme tramposo, cosa harto molesta para los leones, los cuales «huyen siempre de las trampas», según dicen en sus libros nuestros historiadores. Acostumbrado ya en la casa de huéspedes a no comer, fácil me fué soportar la abstinencia forzosa en que el artista de Circo suele vivir. Y doña Exuperia, como buena patrona, llegó a

dominarme de un modo que seguramente hubiera envidiado el cartaginés Hannón, nuestro domador primero.

— ¿La guarda rencor?

— Ninguno. Tenemos buen corazón y muy buen fondo. ¿No habéis oído hablar del fondo de los leones?

— Y de la «fonda de los leones» también.

— Desde los tiempos de Scévola, Sila, Pompeyo y Julio César, hemos luchado mucho, pero siempre hasta ahora salimos triunfadores, porque atoramos un alma muy grande, aunque en tiempos de Claudio se nos engañara y nos dejáramos coger con una almilla.

— Vemos que para la erudición sois

— El de atrás monta muy bien a caballo.
— Ya lo creo, como que monta al pelo.

Dibujo de LOPEZ REY.



un hacha recién afilada. Podría muy bien doctorarse en la carrera de Filosofía y Letras, si se lo propusiese.

— ¿Yo? ¡De ningún modo! Ya saben ustedes que el león, como animal perezoso, es (lo dicen también los historiadores) «enemigo de las grandes carreras».

No quisimos proseguir escuchando al humorista felino. Y precipitadamente abandonamos el circo, lamentando lo generalizado que está el cultivo del chiste para el cual «los hay que son fieras».

Adolfo Sánchez Carrere



«¡VERÁN USTEDES!»

Con este título empezó a publicarse en febrero de 1885 un semanario político de lo más republicano y de lo más clerófobo que ha visto la luz en España. Lo dirigía don Tomás Camacho; eran redactores Eusebio Cort, Francisco Salazar, José de Diego y el gran maestro Francos Rodríguez, y colaboraban en él Segovia Rocabesti, Curros Enriquez, Limendoux, Catarieneu, «Florete», etc.

Casi todos los números de «¡Verán ustedes!» fueron denunciados, y durante cerca de año y medio todo el periódico estuvo escrito en verso, incluso el subtítulo, que decía así: «Periódico original escrito con mucha sal y muchísima intención, para dar la desazón a Cánovas y Pidal.»

Ya hemos dicho antes de ahora que

la gracia política de los periódicos no nos interesa. Prescindiremos, pues, de la que en «¡Verán ustedes!» daba la desazón a Pidal y a Cánovas, y a los que no eran Cánovas ni Pidal, para atenernos a los chistes corrientes, que, como escritos en verso, eran, casi todos, epigramas por este estilo:

— «Nunca duermo solo—exclama el hijo de María.

¡Claro! Duermo en compañía de las pulgas de su cama.

— Ayer en la Redacción deslíamos un cigarro y nos quedamos en duda... ¿Era estiercol o tabaco?

— ¿Dónde vas, amigo Gil?
— A los toros. ¿Y tú, Juan?

—Luego iré allí con Roldán.
—Ya te veré en el toril.

Hablando de sociedad
dijo una bella jamona:
—A mí nunca me ha gustado
eso de guardar las formas.

Escribió Lloría un drama
de argumento extraordinario,
que en el mundo literario
conquistó a su nombre fama.

Y ensalzándole una dama
que su talento aplaudía,
por decir: "¡Este Lloría
irá a la posteridad!"
exclamó con seriedad:

—¡Irás a la repostería!

—¡Qué mano, Dios soberano!
con su mano me embeleso.
¿Le doy en la mano un beso?

—¡A que le "siento" la "mano"!

Que cuántos años tenía
Gil preguntaba a Vicenta.
—Ya le he dicho a usted que treinta—
Vicenta le respondía.

—Ya lo debía ir sabiendo—
contestóle Gil, prudente—
pues hace ya más de veinte
que me lo está usted diciendo.

Yo conté para adorarte
con tu amor y tu inocencia,
conté también con tu fe...
mas no conté con la huéspeda.

Tales eran los chistes versificados de
"¡Verán ustedes!" Ahor, verán usted-
des cómo eran los chistes prosaicos.
Para eso reproduciré los anuncios que
don Eribaldo Pérez de Azpillaga ase-
gura haber visto en las calles y en los
periódicos de Madrid, suprimiendo los
comentarios, porque, aparte de que
ninguna gracia añaden, son demasiado
tendenciosos:

Piano de ocasión vertical.

Camisas para caballero con vistas de
hilo.

Dinero. Se da barato.

Nodrizas solteras. Tiene personas que
respondan de su honradez.

Un caballero francés enseña su len-
gua por una módica retribución.

Se venden medias para clérigos de
lana.

Camas para matrimonios de acero.

Vestidos para señora de veinte varas.

Trajes para niños hechos con gusto
y esmero.

Se venden sombrereras.

"Suplican sandijuelas a domicilio. La
que no se pega no se paga; para hom-
bre va hombre; para mujer va mujer."

Y por este estilo, otros muchísimos
anuncios, que no intentamos siquiera
reproducir, porque la censura, con so-
brada razón, nos lo impediría. Y que
aunque no nos lo impidiese, tampoco los
reproduciríamos por la chabacanería y
el mal gusto que preside en ellos.

Marciano Zurita



Esta Revista, deseosa de lanzar al mundo de las letras firmas de escritores desco-
nocidos, de singular talento, les brinda en sus páginas esta sección a la cual po-
drán concurrir todos los luchadores que pugnan por popularizar su firma. Se ga-
rantiza una depurada selección. José Francés, el escritor eximio, hará cada tri-
mestre un juicio crítico acerca de los literatos noveles que hayan, en el trans-
curso de este tiempo, desfilado por esta sección.

INSTANTANEAS DE MI KODAK

El afraco a Cristeta

Más de cinco años hacía que Men-
do Caliqueño Delgado, embarcó en "El
Galvana" con rumbo a Veracruz, don-
de llevóle el deseo de adquirir una for-
tunita que le facilitara la dicha de po-
derse llamar único dueño de Cristeta
Alegre, la camarera más bonita y juncal
de cuantas servían en el Bar de "El
Nandu."



—Sí, señor, aquel día llovieron sobre mí las
balas.

—¿Y no le hicieron ninguna herida?

—No, señor. Eran de algodón.

Pero con gran sorpresa de Cristeta,
transcurría el tiempo sin que el au-
sente diera señales de vida, lo cual
decidió a la moza a dar oídos a las
ventajosas proposiciones amorosas que
de continuo le hacía el señor Esteban,
propietario exclusivo del modernísimo
café donde Cristeta brillaba como
astro de primera magnitud entre aque-
llas "satélites" uniformadas con rojos
delantales y con sendos collares de
cuentas de policromado cristal.

Sin embargo, no pasaron muchos
meses sin que Cristeta sustituyese aq-
su vistoso uniforme por un elegantísi-

mo traje de negro "tricot" que moldeaba
sus formas tan descaradamente, que en
alguna ocasión la exuberancia de sus
contornos había servido para quitar el
hipo a más de un parroquiano.

Así estaban las cosas, cuando una
brevisima carta de Mendo, expedida
en Veracruz, dió al traste con los ri-
sueños proyectos que alentaba la cal-
cualadora mente del señor Esteban Mi-
cañas, pues la epístola de Caliqueño
decía así:

"Cristeta: aunque veas esta carta
fechada en "el otro mundo," no me



—Admirable obra «cubista»

—¿Por qué se llama así?

—Porque se pinta mojando el pincel en un
cubo...

tengas por muerto y remíteme fondos
para que yo pueda regresar a mi tie-
rra, donde otra vez pienso servir "cha-
tos" en aquel concurrido cafetín del
Paralelo, en el que te conocí. Recibe
la gratitud de, Caliqueño Delgado."

De alegría brincó dentro del pecho
el corazón de Cristeta, la cual pasó el
día cantando lo mejor del repertorio
grotesco-sentimental de "La Bella Mi-
mitos" hasta que, ya cerrada la noche,
abrió con sigilo la gaveta donde el
rico comerciante guardaba sus ahorros
y sacando tres billetes de a mil, re-
mitiólos al ausente, esperanzada en que

muy pronto podría marcarse con él la bella mazurca de "Doña Francisquita."

Inútil será decir que desde la fecha en que Cristeta recibió la misiva hasta la del arribo del vapor de la línea de Méjico, la hermosa camarera se pasó "los días en turbio y las noches en claro" sin que las valiosas dádivas del dueño del café, la hicieran desistir de sus propósitos de abandonar el lujoso "Tupi" de "El Nandu" para ir a gozar la felicidad de sentirse amada por el Caliqueño, el "gachó" más castizo de cuantos transitaban por las anchurosas vías de aquel Montmartre catalán.

COPIAS FESTIVAS

¡TÚ SERÁS MÁS!

—¿Qué vas a ser?—preguntó Blas al mastuerzo Colás.
—¿Médico?—y no contestó.
—¿Cura o boticario?

—No.

—¿Empleado?
—Mucho más.

—¿Arquitecto?
—No.

—¿Ingeniero?

Vamos, dímelo ya, indino.
(¡Qué chico más majadero!)
—Mire usted, don Blas, yo quiero ser marino, ¡ser marino!
—¿Tú, sin sentido común, ser marino? ¡Voto a tal!

—Sé nadar.
—Es poco, aún, pues también nada el atún y no es más que un animal. Tú das pruebas de ser memo, y, aunque tengas vocación, hay que estudiar mucho, y temo que vas a meter el remo o has de perder el timón.
¡Tienes unas ocurrencias!...

—Si es que...

—¡Déjame de pláticas!

Aunque tengas influencias ¡tú, ponerte a estudiar ciencias físicas y matemáticas!...

Estás de ilusiones lleno y has pensado un desatino.

¿Que eres muy sereno? Bueno, , Pues dedícate a... sereno, pero ¡mira que a marino!...

¡Has corrido al no escoger una carrera cualquiera!

Tú te has llegado a creer que con echar a correr, ya emprendes una carrera.

No, chico; no pienses tal. Escucha y ven a razones:

Tienes un gran capital y otro capital igual en callos y sabañones. No hay ya porqué discutir; tú eres astuto, ladino;

marino has ido a elegir y aún más allá debes ir: ¡ebes ser ultra... marino.

Orestes Roll

Manuel Manzano

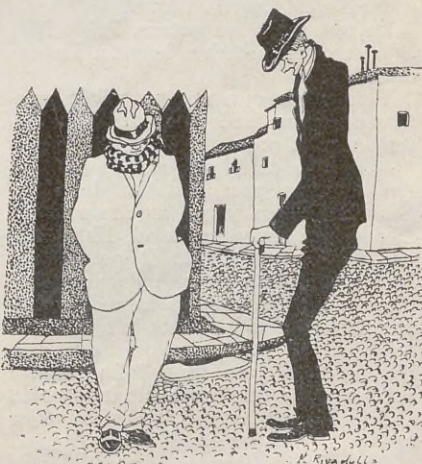


—Hasta ahora no he comprendido bien eso que dicen de la música y los animales.



EN UNA FABRICA DE JUGUETES

EL CRIADO.—Dice el señor Director que pruebe usted primero a hacer el burro, y que después de comer haremos el cerdo, que resulta más pesado. Dibujo de M. RIVADULLA.



—Aquí, donde usted me ve, he mandado una brigada.
—¿Es posible?
—Sí, señor, he sido cornetín de órdenes.



—Señor, hemos encontrado al esclavo que desapareció entre las capas de hielo del estanque que se estaba derritiendo, y está muerto de frío.

—Me choca que se haya muerto de frío estando entre capas. Dibujo de LOPEZ REY.

Pero, ¡oh, dolor! cual no sería la sorpresa de la muchacha al ver descender de la empinada escalerilla del "El Galvana" a Mendo Caliqueño Delgado, llevando del brazo a una arrogante negraza y a rastras dos pares de gemelos negros, que gesticulaban como cuatro chimpancés o cual pequeños gorilas a quienes algún experto domador hubiese enseñado a pronunciar la palabra "papá" que prodigaban a grito pelado, descubriendo a la confiada Cristeta el audaz atraco de que había sido víctima por parte de aquel tenorio del Paralelo.



LOS GRANDES HUMORISTAS



Pablo, Eduardo, Emilia y el funicular del Grosshorn

El funicular, que había de izarnos a la cumbre de Grosshorn, cerca de Berna, hacía diez minutos que se elevaba. Nuestras miradas posáronse casualmente en el conductor.

—¿Dónde demonios hemos visto esta cara?—murmuramos.

No tardamos en hacer memoria.

—¡Eureka! Ese buen hombre se parece de un modo asombroso a Pablo Machin, el gran Pablo Machin, que estudió retórica con nosotros, en Condorcet.

Sin duda pronunciamos el nombre de Pablo Machin en voz alta. El conductor del funicular se volvió hacia nosotros.

—Sí, queridos: soy yo. No me he atrevido a tenderos la mano el primero. Pero os he reconocido inmediatamente.

La sorpresa que nos causó aquel encuentro fué viva. No tardamos en experimentar otra sorpresa no menos viva. Muy pronto, en efecto, divisamos un vagón que venía al encuentro del nuestro. En el primer compartimiento de aquel vagón vimos al conductor, y nos pareció igualmente que habíamos contemplado ya su rostro en alguna parte.

—¡Palabra—exclamamos—que si la cosa no fuera tan inverosímil, creeríamos que ese conductor es Eduardo Chose, el pequeño Eduardo Chose, que fué también discípulo nuestro en Condorcet!

Pablo Machin se volvió hacia nosotros.

—Efectivamente, queridos... No os engañais, en modo alguno... Es Eduardo Chose. ¡Ese necio, ese pillastre, ese cochino de Eduardo Chose!

De una magnífica petaca, Pablo Machin sacó un soberbio habano. Lo encendió.

Y mientras que nuestro vagón continuaba ascendiendo, nos narró la historia siguiente:

—Al salir del liceo, cuando casi todos nosotros nos perdimos de vista, Eduardo Chose y yo seguimos sosteniendo una íntima amistad. Hasta nos tornamos inseparables... E inseparables seríamos todavía si ese animal no hubiese tenido la estúpida idea de casarse... Y, sobre todo, si no hubiese tenido la pésima inspiración de casarse con Emilia. ¿Quién es Emilia? La criatura más exquisita que es posible imaginar... Cabellos rubios... ¡y de un rubio! Ojos azules... ¡y de un azul! Labios rojos... ¡y de un rojo! Dientes blancos... ¡y de un blanco! ¡Ah, cáspita! Sí, es muy linda.

Ahora bien; lo que debía ocurrir, ocurrió...

El se casó. Se casó con una mujer muy bonita. Yo era su mejor amigo... ¿A qué continuar?

Un día, hace dos años y medio, ese bribón, ese cretino, ese bruto... Eduardo Chose... surgió, al caer de una tarde, armado de un puñal catalán, en la habitación donde yo hacía compañía a su mujer. "Malvado—gritó—malvado, malvado, malvado... ¡voy a agujerearte la piel!" Yo hubiera accedido a que me llamara malvado un número de veces mucho mayor. Pero no accedí a que me agujerease la piel... Sin vacilar, me precipité en la escalera... Bajé los peldaños de cuatro en cuatro. Salté a un coche de punto.

Hacia tres minutos que el carruaje iba a buena marcha. Me volví por azar. ¿Qué distinguí? Mi Eduardo y su puñal. Habíase lanzado en mi persecución en otro coche... Pasábamos ante la estación de San Lázaro. Tuve una feliz ocurrencia. Atravesé la plaza de Roma como un loco. Llegué al andén... Un tren partía... Algunas horas después, yo llegaba al Havre. "¡Uf!—me dije—. ¡Uf! ¡Pobrecillo! ¡Al fin vas a poder respirar un poco! ¿Respirar? Sí, sí... Apenas acababa de pronunciar estas palabras, me vuelvo por casualidad. ¿Y qué veo?

—A Eduardo y su puñal.

—¡Efectivamente, queridos! Había que tomar un partido sin titubear. Junto al muelle, un "paquebot" iba a llevar ancla... De un brinco, salté sobre el puente. ¡Y sea lo que Dios quiera! ¡En ruta hacia América!... No hacía un cuarto de hora que había desembarcado en Nueva York. Concluía apenas de exclamar: "¡Uf! ¡Uf! Yo creo que esta vez, mi pobre viajero, estás enteramente fuera de peligro..." Y al final de la quinta avenida, ¿qué veo?

—A Eduardo y su puñal.

—¡Eso mismo! Durante veinte meses, sabedlo, hallé sucesivamente a Eduardo—a Eduardo y su puñal—diez minutos después de mi llegada a San Francisco, a Tokio, a Saigón, a Bombay, a Australia, al Cabo Verde, a la isla de Ceylán, a Groenlandia; le hallé en otros veinte puntos más de este ridículamente pequeño globo, sobre el cual los amantes y los maridos celosos se ven forzados a co-habitar...

Yo comenzaba a encontrar realmente odiosa la existencia vagabunda a la que estaba condenado. Comenzaba a encontrar imperialmente horripilante esta idea, que angustiaba sin cesar mi mente: "Con tal de que mi tren o mi "paquebot" no se permitan retrasarse... Seguramente Eduardo y su puñal vienen en el tren o el "paquebot" siguien-

te... ¡Gran Dios, si consiguieran alcanzarme!" Una mañana, atravesando Berna, llegué al pie del Grosshorn. Apenas llevaba un ligero adelanto a Eduardo... Me metí en este funicular.

Mientras que el vagón empezaba a elevarse, pensé, por costumbre: "Con tal de que este coche no se deje alcanzar por el siguiente!..." De súbito, me di cuenta de que mis temores eran infundados, por aquella vez. Si no hay, en efecto, ninguna ley de mecánica que impida a un tren alcanzar a otro tren, a un "paquebot", alcanzar a otro "paquebot", a un auto alcanzar a otro auto, a un tranvía alcanzar a otro tranvía, a un ciclista alcanzar a otro ciclista, a un transeunte alcanzar a otro transeunte, es materialmente imposible que un vagón de funicular alcance a otro vagón de funicular... Lanzando una mirada a la estructura de este funicular, os lo ruego... ¿De cuántos vagones se compone? De dos, de dos solamente, de dos nada más... Mientras el uno permanece arriba, el otro yace abajo. Ambos se ponen en movimiento, en sentido inverso, en el mismo instante. Se hacen contrapeso. El vagón que desciende es el encargado de izar al que sube, en espera de que el otro le preste a su vez análogo servicio... No sólo Eduardo no iba a poder darme alcance con su puñal, ni llegar a lo alto al mismo tiempo que yo, sino que no le sería factible comenzar su ascensión más que cuando el vagón en que yo me encontraba empezase a descender de nuevo...

¡Oh, cuán exquisita hora viví allá arriba! ¡Qué satisfacción experimenté al poder comer, beber, fumar, sin ningún apremio! "Nada tengo que temer—repetíame alegremente—. Ni él ni su puñal pueden sobrevenir de improviso. Están abajo, allá en lo hondo... Y nada podría impedir que estén allí todavía durante cuarenta, treinta, veinte minutos..."

Al cabo de una hora, un toque de silbato anunció que el vagón que me había subido iba a bajar nuevamente. "Un toque de silbato análogo—monologaba yo—anuncia en este momento, abajo, que el otro vagón va a subir. A buen seguro, Eduardo se acomoda en él con su puñal. No tienes por qué esperarle aquí, querido... Vuelve a bajar." Bajé de nuevo...

A mitad de camino, nos cruzamos con el otro vagón. Mis previsiones se realizaban. Distinguí a mi buen Eduardo que ascendía, con su puñal en la mano. Pude proporcionarme la alegría de gritarle: "¡Sigue subiendo, pequeño mío... Cuando tú llegues arriba, yo estaré abajo."

Al llegar al pie del Grosshorn, iba a reanudar mi melancólica existencia de res eternamente acosada. Pero, de pronto, me dije: "No. Eso sería estúpido. Permanece tranquilamente aquí. Es evidente que Eduardo, con su puñal en la mano, espera arriba febrilmente que su vagón descienda. ¿Porqué no esperar con toda calma aquí que tu vagón suba de nuevo para ascender otra vez?"

Una hora después, recomencé la ascensión al Grosshorn... A mitad de camino, me crucé con mi Eduardo, que descendía, armado de su puñal. No dejé de procurarme la satisfacción de gritarle: "Sigue bajando, querido... Cuando tú llegues abajo, yo estaré arriba."

Después de hacer dos viajes por esta adorable y tranquilizadora línea de funicular, hice otro y otro más... hice veinte, hice ciento, hice mil. Hace ahora diez meses que, cada vez que Eduardo sube, yo desciendo, y cada vez que descendo, yo subo.

Este medio de llegar a vivir una existencia vacía de angustias ofrecía, sin embargo, un inconveniente. Cada trayecto de la línea "Berna-Grosshorn" cuesta veinte francos. Hay veinte viajes diariamente. Imposible soportar tal gasto mucho tiempo... Por fortuna, tres semanas después de mi primer viaje, uno de los dos empleos de conductor quedó vacante.

Conseguí ocuparlo. Durante algún tiempo, he seguido cruzándome con un Eduardo Chose que llevaba sombre-

ro hongo. Mas sin duda, el otro puesto de conductor ha quedado libre también. Una mañana, en el primer compartimiento del otro vagón, he distinguido a un Eduardo Chose que, como yo, se cubría con una gorra...

Habíamos llegado a la cima del Grosshorn. Antes de estrechar la mano a Pablo Machin, le interrogamos, tratando de aparentar que su relato nos interesaba, qué había sido de la mujer de Eduardo.

—¿Emilia? Nos siguió paso a paso durante nuestra persecución a través del universo, para proporcionarse la alegría de asistir a un drama... Hoy, apenas le interesamos ya ni uno ni otro... Así, no la vemos más que raras veces... El cargo de Chose le obliga a acostarse arriba... Yo tengo que dormir abajo... Y ella se ha hecho construir un pequeño "chalet" exactamente a medio camino de la cumbre. Así, ¿comprendéis queridos?, está segura de tener todas sus noches libres.

Max y Alex Fischer



Al llegar un tren mixto a una estación manchega, se apeó de un vagón de tercera un francés, con una agonía en la cara que parecía próxima su muerte.

Como ya anochecía, no se fijó bien donde se hallaba, y se arrellanó sobre unos sacos de harina, dispuesto a quitarse de encima aquel estorbo que lo mataba por momentos.

Lo vió el jefe de estación, y comenzó a gritarle furiosamente:

—¿Pero qué está usted haciendo en los sacos?

—No compren pas.

—¿Que no compra pan? ¿Y porque no compre pan se va usted a ciscar en la harina?

Un día caluroso de verano, iba una señora muy gruesa por medio del campo. Ve que la sigue un niño, y le pregunta indignada:

—¿Por qué me sigues de ese modo?

—Porque tiene usted muy buena sombra.

—Anda y dile a la tía que sientes mucho haberle llamado estúpida.

La niña, con cierta galantería:

—Tía, siento mucho que seas estúpida.

—¿Qué es un hipócrita?

—Un niño que entra en la escuela con cara de risa.

—Acabo de regresar de una cacería por las montañas.

—¿Has encontrado algún oso?

—Un día encontré las huellas de uno y las seguí horas y horas.

—¿Y abandonaste la pista?

—Es que cada vez las huellas me iban pareciendo más recientes.

—Daría un mundo por conseguir que mi marido no saliera por las tardes de mi casa.

—Cómprale un automóvil.

—Entonces estaría aún más tiempo fuera de casa.

—No lo creas, mi marido compró uno recientemente, y ya hace más de un mes que no puede salir a la calle.

—¿Se entretiene arreglándolo?

—Que por poco se estrelló el primer día que lo sacó de paseo.

—¿Puede darme trabajo en la obra?

—Se termina en seguida.

—No, si por mí no se iba a acabar antes.

En una fonda compraban cuarenta docenas de huevos, y le ponían a cada cuatro docenas una fecha.

Se acabaron los huevos del día, y un huésped pidió un par de huevos frescos.

El camarero le dijo:

—De hoy no nos quedan, pero se los puedo servir con fecha de mañana.

—¿Qué quieres que te regale para el día de tu santo?

—Regálame algo para el cuello.

La enamorada aguardaba una alhaja, y el novio le envió una pastilla de jabón.

Se sentó en el teatro un señor a mi lado, con una corbata de colores tan chillones que no me dejaba oír lo que decían en escena.

—No me atrevo a comprarle a usted el auto, porque debe de ser terrible hallarse en el automóvil cuando se atropella a alguien.

—Eso será con otros coches. El que yo fabrico tiene tal privilegio, que atropella usted a cinco o seis personas y no se entera usted de que ha pasado por encima de ellas.

Luis Esteso

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

J. S. L.—Albacete.—Publicaremos uno.

M. S. O.—Madrid.—Se publicará.

Pirola.—Envíe otra cosa.

P. S.—Madrid.—No podemos complacerle.

J. S. S. P.—Albacete.—No podemos publicarlo.

L. F.—Madrid.—Se publicarán dos dibujos, el tercero tiene un pie un pozo equivoco.

D. P. del A.—Almería.—No está mal, pero...

M. de D.—Barcelona.—Entra en turno.

K-U-D-T.—Se publicarán.

Raúl de Enciso.—Madrid.—Como dibujante, bastante regularcito, como escritor no está del todo mal, sin embargo...

Orestes Roll.—Barcelona.—Un poco ingenuo, no obstante se publicará.



—Esa señora parece una matrona romana.
—Lo de matrona no lo aseguro yo, pero estoy en que pesa.



—Verás qué bien lo pasamos, Fifi; porque este don Ramón, ¡tiene unas caídas!...

LA GRACIA

REVISTA COMICA



—Si no pensaba venir mi mujer, ¿pa qué me ha puesto paella?



GARRIDO

—¿Has visto, Trini, qué morral?